

## JULIO JARAMILLO A TRES DÉCADAS DE SU MUERTE

Santiago Martínez

**Antes** de al alcanzar la fama, Julio Alfredo Jaramillo Laurido ejercía el oficio de zapatero. El mayor cantor popular que ha tenido el Ecuador en toda su historia era operario de la “Zapatería Arteaga”, donde tenía problemas con su jefe, Alberto Avilés, por las continuas juergas que sus compañeros de trabajo organizaban con Julio, quien para entonces era un “serenatero” consumado. Apenas con 20 años de edad, conquistaba los balcones de su Guayaquil natal acompañado por el extraordinario requinto de Rosalino Quintero. La madre del cantor, Apolonia Laurido, se resistía a apoyar los sueños de su hijo considerando que el oficio de zapatero era mucho más seguro que la vida de artista. Lo mismo pensaba su hermano José —el gran Pepe Jaramillo—, quien ante la falta de apoyo y de contratos en el Ecuador buscaba el éxito como cantante profesional en Colombia, donde el también ecuatoriano Olimpo Cárdenas ya triunfaba. Pero su indomable espíritu trasnochador y aventurero pudo más que los consejos recibidos en su casa. Con el pasillo “Sendas distintas”, de Jorge Araujo Chiriboga, participó en un concurso que se promovía en la radio guayaquileña

Su voz especialísima, su exacta afinación y el enorme sentimiento con que decía las canciones calaron inmediatamente en el gusto popular. Las interpretaciones del joven artista comenzaban a emocionar a su pueblo. El éxito alcanzado en esa primera presentación cimentó sus ganas de conquistar la vida cantando y le hizo pensar que su sueño era posible. Además, el joven Julio Jaramillo no se veía dedicando su vida a una actividad distinta al canto.

Las repetidas e inevitables parrandas hicieron que lo despidan, como era de esperarse, de la zapatería. Buscó mantenerse con la música. Pensó que lo ayudaría grabar con cantantes que sonaban de forma importante en el medio: Fresia Saavedra grabó con Julio un disco que no tuvo relevancia. Al fracasar en los intentos de venderlo en los bares de Guayaquil recordaba impotente las palabras que repetía su hermano Pepe: “No importa cuan bueno seas ñaño<sup>1</sup>, si eres de acá, a nadie le interesa”. Luego de esos traspies, Julio consideró la idea de dejar Ecuador. Después de todo, artistas que él conocía como Olimpo Cárdenas y su propio hermano Pepe triunfaban en Colombia. El Guayaquil de entonces no le ofrecía muchas posibilidades...

<sup>1</sup> Ñaño, hermano (ecuatorianismo, sobre todo del habla guayaquileña).



Con Rosalino Quintero, su amigo de años y su guitarrista de cabecera, se embarcó hacia Cali. Los 800 sucres<sup>2</sup> de los pasajes se los prestó la dueña del bar “La Mamita” en el que cantaba. Intentaron, sin éxito, ser contratados en varias emisoras locales. Ante la desesperación económica decidieron irrumpir cantando en un programa que emitía en vivo la radio colombiana... el resultado: muchos aplausos y un contrato temporal con paga de 120 pesos diarios para cada uno, pagaderos al final de los cinco programas pactados.

Los aventureros planeaban mantener una estricta dieta de café en agua hasta el día de pago. La suerte quiso que el mesero del local que frecuentaban les brindara tamales: los había escuchado en la radio y le pareció que cantaban muy bien. La invitación “de la casa” cayó como del cielo. No hubo más contratos en Cali. Julio Jaramillo retornó a Guayaquil desconsolado. Desempolvó sus bártulos de zapatero jurando que no volvería a dejarse tentar por sus sueños de artista. Pese a esa firmísima decisión, cedió ante la propuesta que le hiciera la disquera ecuatoriana “J. D. Feraud Guzmán” para que reemplazara a Olimpo Cárdenas en el proyecto de un nuevo disco. En vista de que Olimpo pedía demasiado: 150 dólares por tema, Carlos Rubira Infante, compositor conocido en la disquera, había sugerido su nombre. Julio aceptó encantado ya que la oferta representaba, por fin, la oportunidad que tanto había esperado. Grabó el vals “Fatalidad”, que se convirtió en poquísimo tiempo en un gran éxito comercial. Se vendieron 7.000 unidades en una semana, cifra inimaginable para la época. Con ese dinero pagó los setecientos y pico de sucres que le debía a su primera promotora, la dueña del bar “La Mamita”.

Ante el impredecible triunfo, la misma disquera le ofreció que se convirtiera en artista exclusivo del sello “Ónix”. Julio aceptó. Como mal negociante que era, en vez de un porcentaje sobre las ventas quiso recibir un monto de dinero fijo... pensaba que así tendría un “sueldo” asegurado

<sup>2</sup> Moneda ecuatoriana que estuvo vigente hasta el año 2000, cuando fue sustituida por el dólar americano. Equivalente, en esa época, a 10 sucres por dólar.

vayan bien o mal las ventas de las grabaciones que haría. Él mismo no tenía conciencia que su voz, los temas que escogía y su forma de interpretar calaban inmediatamente en el gusto popular. “Fatalidad” le abrió la puerta a la fama. Sonó tanto que Jaramillo era reconocido y aplaudido en las calles. Firmaba autógrafos donde iba. Luego, con la célebre canción “Nuestro Juramento”: *No quiero verte triste porque me mata tu carita de pena mi dulce amor*, cimentó su fama en el Ecuador y llegó al público de Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires y Montevideo.

Cuando se disponía a salir para México fue detenido por las autoridades militares, ya que tenía que cumplir con el servicio militar obligatorio: el canto lo había convertido en remiso. Lo incorporaron al escuadrón de infantería. Su penoso estado físico no se comparaba con su voz. Un día se escapó del cuartel en el “jeep” del Comandante del escuadrón para visitar a sus amigos y a una de sus novias: lo castigaron con cárcel. Adoptado por sus superiores, a los pocos días se lo llevaban de farra y a dar serenatas. Ni en el ejército faltaron las parrandas con trago, canto y mujeres. En 1958 volvió a los escenarios cada vez con mayor éxito. Las mujeres lo perseguían y él se dejaba perseguir. Esa docilidad hizo que su vida sentimental sea muy enredada. Como celebridad que era, sus amores y amoríos eran difundidos por la prensa amarillista. El gran cantor del pueblo, inmerso en su vida azarosa, reconocía que los tragos, las mujeres y las canciones daban sentido a sus días. “J. J.” empezaba a ser una leyenda en el Ecuador.

En una ocasión fue acusado de haber seducido a una menor, cargo del que fue sobreseído. Ese escándalo le afectó al punto de hacerle tomar la decisión de dejar el Ecuador. En 1960 partió a Centroamérica. Su voz, ya internacionalmente difundida, le abría espacios en todos los países que visitaba. Conquistó nuevos públicos y nuevas mujeres. Se casó con una dama centroamericana. Asistió a la luna de miel y luego desapareció. La noticia del matrimonio de Julio había sido difundida por la televisión, conformando un nuevo escándalo de faldas que rompía varios corazones en otros países. La situación económica del artista había mejorado notablemente, pero su vida seguía igual de desordenada que antes. Su gran éxito iba de la mano con su compasivo y solidario corazón, que tomaba sin reparos el dinero de sus presentaciones para ayudar a gente que él consideraba que necesitaba ayuda. Nunca le dio importancia al dinero.

Radio Medellín le abrió las puertas en Colombia. Seguían los líos de faldas y el licor empezaba a ser un problema que afectaba su salud. Caracas se rendía ante la voz del “Ruiseñor de América”; México, donde vivió un largo período, lo aclamaba. Su carrera no paraba de ascender. Era solicitado en muchos países para presentaciones

artísticas y nuevas grabaciones. Cualquier disco de Julio Jaramillo se convertía en un éxito comercial absoluto. Seguía interpretando con acierto temas que su enorme público acogía de inmediato. Con pasillos, valeses, tangos y boleros hacía cantar, bailar y soñar a muchos países de América Latina, cuyos pueblos lo adoptaban como hijo nativo. Una carta de su madre le animó a regresar a Guayaquil. “Doña Polita” le contaba que su música sonaba en todas partes y que su fotografía adornaba la sala de muchas casas. El público ecuatoriano había olvidado los incidentes anteriores y deseaba que su cantor retorne a casa. En Caracas, un desmayo evidenció el deterioro de su salud. Pese a las advertencias de los médicos y de sus amigos decía que dejaría de tomar “cuando llueva para arriba”.

Habían pasado más de diez años de ausencia del Ecuador cuando la disquera “J. D. Feraud Guzmán” lo invitó a celebrar su aniversario. Él aceptó gustoso, pues siempre llevó a su Ecuador en el alma. Fue recibido apoteósicamente en Guayaquil. Volvió a sus calles, a sus amigos y a sus parrandas. Su salud declinó rápidamente. Se alejó de las canciones por un tiempo, ya que sentía que sus posibilidades artísticas no eran las mismas. No entendía la vida como se le presentaba y, para sus adentros, pensaba que quizás era tiempo de partir. Ingresó al hospital con hipertensión e insuficiencia renal. Cayó en coma. Sus “panas” y todos los seguidores estaban pendientes de las noticias que la radio local transmitía sobre la salud del cantor. Murió en Guayaquil, la ciudad que lo vio nacer, el 9 de febrero de 1978. Una enorme multitud despidió a su ídolo, con lágrimas en la cara y en el corazón, cantando “Fatalidad” y “Nuestro Juramento”. Su cuerpo fue velado durante tres días: primero en la radio guayaquileña, luego en el municipio y en el estadio de esa ciudad.

Se calcula que sus grabaciones sobrepasan las cuatro mil, entre boleros, pasillos, valeses, tangos y rancheras. Al final de su vida empezó a componer canciones, como los valeses: “Guayaquileña” y “A mi madre”; y el bolero “Mi locura”. Tres músicos lo ayudaron en el inicio de su formación artística: Carlos Rubira Infante, Nicasio Safadi y Carlos Solís Morán. El requinto de Rosalino Quintero fue sello característico en los arreglos de varios de sus grandes éxitos. Armando Romero Rodas, hombre de la radio guayaquileña, le respaldó siempre. La fecha del nacimiento de Julio Jaramillo ha sido designada como el “Día del pasillo ecuatoriano”. Veintinueve años después de su muerte sus éxitos siguen sonando en las radios de América Latina, con la misma emoción. ☒

---

**Santiago Martínez** (Quito, 1961). Diplomático y cantautor ecuatoriano. Ha cumplido misiones diplomáticas en Colombia y Austria, ha sido Cónsul General en Madrid y actualmente es Cónsul General en México.